

Mundos ignotos

El miedo le era desconocido a aquella arrojada mujer, que había superado miles de obstáculos. Lo había vencido directamente en muchas ocasiones; un terror real, que pudo haberla hecho desaparecer del mapa, si ella con sus medios físicos, cerebro y mecanismos psicológicos, no se hubiera enfrentado a él mediante la autosugestión y la lógica. Pero, ¿qué era este para ella? Lo racionalizaba cuando lo tenía enfrente. La intrepidez y la confianza en sí misma la habían sacado de tantas situaciones peligrosas... Y aquella inteligencia con la que contaba, unida a la firmeza, la definían como una heroína. Ante los demás nunca quiso hacer ostentación de sus cualidades; pero las reconocía para sus adentros. Alguien las consideraba heredadas de un antepasado suyo que tenía el título de conde, pero ella nunca se lo creyó. Nunca había estado segura de su linaje. Le habían dicho que descendía de los Ansúrez, y que en su época y en esta familia se habían detectado fenómenos fuera de lo normal; sin embargo, no daba crédito a estas afirmaciones. Tampoco le importaba demasiado su ascendencia, y no hizo nunca nada por investigarlo. Se trataba de simples habladorías.

Le pareció procedente más de la imaginación que de un asunto real. Esto le traía resonancias de un tiempo

donde lo mítico y legendario estaban a la orden del día; sin embargo, la época moderna, impregnada de tanto materialismo, no tenía en cuenta para nada aquellos conceptos. Se consideraba una persona de una gran espiritualidad, siempre dentro de los cánones religiosos, y de una gran fe.

Recordaba que en cierta ocasión iba caminando por un lugar bastante aislado, y dos hombres con un aspecto no muy fiable la seguían. Enseguida combatió el posible temor con argumentaciones interiores. Quizás escaparan de algo, o bien necesitaban apresurarse porque un importante negocio les esperaba, y así pasaron de largo. Era necesario poner todos los medios que estaban a su alcance para conservar la calma; si la cosa se complicaba, ya sacaría fuerzas de algún sitio oculto, dado su enorme sentido de la providencia.

Otra vez se hallaba sola en una calle. La gente ya se había recogido en sus casas; era invierno y se notaba un frío intenso y helador. Le gustaba disfrutar de las delicias que le proporcionaba cada estación del año, sin acentuar sus notas negativas. Observó que unos individuos con cara de maleantes se acercaban a ella. Pero no sintió ningún temor; nada la perturbó. Mantuvo el sosiego con la seguridad de que imponer su razonamiento a las emociones era lo mejor para disipar el hipotético miedo que, como es natural, le pudiera surgir. Sacó una pistola y varias armas, que parecían lo que no eran, para amedrentar a aquellos supuestos discípulos del diablo. A la vez llamó a Juan a voces, como si estuviese en las proximidades y fuera a socorrerla. Lo hizo con tanto realismo y naturalidad, que aquellas personas de mala catadura huyeron

despavoridas, modificando al instante su actitud sospechosa del principio. Al instante salió el sol, las nubes se disiparon y un ambiente atmosférico agradable volvió a iluminar el desangelado paisaje que hacía tan solo un rato repercutía tanto en el ánimo de las personas. Aquel astro radiante vino a iluminar no solo las ideas, sino las aristas afiladas y punzantes de los objetos, e incluso de los pensamientos.

Y en otra circunstancia hubo de atravesar a nado un río anchísimo de América del Sur, infestado de cocodrilos; pero tampoco la aterró el pánico. Iba vestida con ropa ligera y un fornido cuchillo de largo mango. Esto, unido a su juventud y a la confianza en sí misma, la salvó del peligro. El saurio, de verdosa y escamada piel, con todo el empaque y fuerza diabólica de su linaje reptiliano, venía tras ella. Si hubiera sido otra persona, posiblemente se habría desmayado ante la terrorífica visión; pues además no se trataba de un reptil común, sino de un gigantesco ejemplar de origen prehistórico, que nunca se había visto, dados los escasos individuos de su especie. Sin embargo, logró llegar a la otra orilla nadando con suma rapidez, aplomo y tenacidad, blandiendo un arma atroz, que podría poner fin a la vida de la bestia, la cual, como presintiendo su pronta destrucción, desistió de su propósito. Por fin consiguió su objetivo de atravesar ilesa el ancho río, dejando a la fiera con tres palmos de narices. Si su figura inspiraba el mayor terror imaginable, su inteligencia era mínima. Allí estaba ella, que no se arredraba por nada, y que había superado el pavor en numerosas ocasiones, merced a la fe que le inspiraba una fuerza benéfica que llevaba dentro.

Sin embargo, aquel día en que la enviaron a la cripta de la catedral para sacar unas fotos y ponerlas en el periódico, fue el más espantoso que pudo haber vivido. Bajó con dos de sus amigas, Margarita y Cristina. Se quedó emblesada admirando la belleza de sus formas artísticas. Siempre la habían atraído mucho. Una vez realizada la operación, hubo un momento en que su magín voló a otra parte. Se entretuvo contemplando la maravillosa arquitectura y los elementos decorativos que se exhibían en aquel lugar. Siempre se había quedado hechizada reflexionando sobre los misterios que encierra el arte, lo que sugiere, los mundos fantásticos a los que conduce. Columnas de fustes muy anchos, semejantes a las egipcias, resaltando su grandiosidad; capiteles jónico-corintios, que le recordaban el apogeo del imperio más monumental de la Historia; la bóveda de cañón, que le hacía vivir aquella sobriedad del romano y el románico. El podio ancho y considerable daba un empaque y una belleza regia al conjunto. Por su mente pasaban distintas épocas históricas con todo el fulgor de su tiempo, con los colores propios de una edad que le inspiraban distintos estados anímicos. ¡Qué bello meterse en la Historia, en los siglos! ¡Era como estar allí! Sin embargo, esa hermosura le traía vapores un poco siniestros que no había notado en ninguna circunstancia peligrosa y real.

De pronto, se percató de que sus amigas no estaban. Habrían subido por otro sitio que ella ignoraba; pero no se lo podía explicar. Era muy despistada, y se desorientaba con rapidez. Quizás la estuvieran buscando. ¡No había nadie! La gente se había marchado ya; tan embebida se encontraba en sus propios pensamientos, que no se dio cuenta de

nada. Y de pronto se encontró aislada; notó la soledad, una sensación que invadió todo su interior, y sintió como algo inaudito el miedo. Pero, ¿por qué? Si había superado mil obstáculos, debido a su profesión detectivesca.

«Si hubiera venido Ángeles, no habría ocurrido esto. Ahora no sé cómo salir. Ella tiene una memoria espacial extraordinaria. Pero es que estaba un poco indispuesta; por eso no quiso venir con nosotras. Es una persona muy firme y valiente. No comunica muchas cosas por temor a que podamos preocuparnos. Es mi mejor amiga, aunque la veo algunas veces taciturna y solitaria, como si guardara un gran secreto; sí, como si se tratase de algo que no quiere revelar-nos. Pero es una excelente persona, la mejor que he conocido. Estos últimos meses la he visto con una cara muy blanca, una palidez inusual. En verdad, he estado preocupada por su salud, pero valiente es un rato, y abnegada; no le importa hacer verdaderos sacrificios por los demás. Y a mí, entregarle todo el amor que parece necesitar».

De pronto se detuvo ante una tumba, y le llamó la atención una escultura preciosa, en mármol blanco. Sus formas resaltaban por su tremendo realismo. Cuando se acercó a ella, no daba crédito a lo que veían sus ojos. Parecía conocer a la persona que la representaba. Se fijó más y más. ¡Era Ángeles! ¡No podía ser! ¿Una escultura sepulcral de su amiga? ¡Pero si acababa de verla hacía unas horas! E ignoraba que tuviese un monumento allí. Pensó mil cosas que le erizaron el pelo y le pusieron los nervios al borde de la explosión.

Al momento, observó cómo esa escultura se llenaba de luz, de una luz que encendió todo aquel antro. No daba crédito a lo que veía, sus ojos se abrieron como platos y a

punto estuvo del colapso. Todo esto iba acompañado de pasos, ruidos, voces lejanas, cánticos, chillidos, quejidos... Aquello le provocaba confusión y mareo. De pronto, la escultura de su amiga se llenó de vida. Se animó y comenzó a andar. Eleonor no sabía qué hacer. El bloque de mármol se había convertido en una persona de cuerpo y alma. Vestía con una túnica blanca real, de una tela brillante y hermosa; esta y los demás atuendos le daban la apariencia de una dama de la Edad Media.

Trató de mantener el equilibrio para no caerse, porque perdió las fuerzas ante el evento. Temió por un instante perder la razón. Se agarró a una columna fuertemente. Un fuego ardía en el interior de su cabeza. De pronto, pareció escapar a la realidad, pero se repuso con un tremendo esfuerzo mental. Nunca se había enfrentado a una situación prodigiosa, como era esta; y aunque había teorizado mucho sobre ese hipotético mundo, ahora que lo tenía delante, la sobrepasaba.

—No puedo creer lo que veo. Ángeles, pero, ¿quién eres en realidad?

—Te agradezco mucho la ayuda que me has prestado. Ha sido la tuya una auténtica amistad. He conocido el amor de una verdadera amiga, el cual ha suplido al de la que me dio el ser. Fue una estatua de hielo conmigo.

No podía creer que lo que veía fuese cierto. Le indicó por dónde tenía que salir. Estaba segura de que había vivido una pesadilla o un suceso paranormal; o quizás tuviera necesidad de ir al psiquiatra, pues podría estar incubando una grave enfermedad de la mente. Se fue de allí con tanto pavor, que cuando llegó a la calle cayó desmayada; sus fuerzas flaquearon y se desmoronó.

Se encontraba en el hospital, con mucha confusión y aturdimiento. Solo veía bultos, y las voces de los que estaban allí se presentaban lejanas, pues su debilidad era muy fuerte; se notaba en un mundo nebuloso. No pudo asimilar aquella visión. Pensaba que era un sueño o una cosa extraña, cuya procedencia ignoraba. Todo era blanco: las paredes de la estancia, las ropas, los trajes de las enfermeras. Esto la tranquilizó mucho. Las voces de la gente parecían animosas y desprendían amor, como las luces de las estrellas. Era un retal de cielo en la tierra.

—¿Y mis amigas? ¿Se marcharon cuando bajé al mausoleo?

—Estamos aquí, a tu lado. Nos despistamos, sin duda, y no sabemos cómo pudo pasar.

—Bajaste sola. No había nadie contigo; pensamos que... como eres tan valiente... bueno, creímos que deseabas ir tú, porque saliste como un rayo.

—Pero he sufrido un colapso. Me embargó el terror. Aquella cripta, aquella tumba, la imagen de Ángeles...

—Sí, hay una escultura de Ángeles Ansúrez. Cuenta la leyenda que su madre la maltrató. Se oyen gritos y cosas raras cuando se baja a la cripta. Dicen que su alma no descansa.

—Y también dice la leyenda que se aparece todos los días, y lo seguiré haciendo hasta que haya encontrado la paz de su espíritu, cuando alguien le haya dado el amor que no le dio su madre. Pero todo eso son simples mitos.

—Sin embargo, yo tengo una amiga que se llama así, y a la que la he querido mucho. Es un alma extraordinaria, pero tan falta de cariño... Vosotras la conocéis.

—Querida, nunca te he visto con nadie que se llame Ángeles.

—Sí, es una chica algo especial; muy buena, pero muy rara. Siempre pensé que se cernía un gran misterio en torno a ella. ¡No puede ser! Margarita, Cristina, ¿no os acordáis de Ángeles? Si ha venido alguna vez estando vosotras...

—No, Eleonor; nosotros no hemos visto nunca a nadie que se llame así y haya sido tu amiga.

—¡Dios mío! ¿Lo habré soñado? Pero era tan real...

—Puede que sí.

—Mirad: Ángeles Ansúrez fue una ascendiente tuya. Era de una familia noble. Vivió en el siglo XII; lo he estado investigando recientemente, porque su caso me intrigaba. He visitado su tumba varias veces.

Todo aquello le provocó una terrible confusión y un miedo atroz. Pero, llevada por una fuerza inexplicable, volvió a la cripta. ¡Quería descifrar el misterio! ¿Aquella muchacha había sido una antepasada suya? Si la había visto en carne y hueso, era su amiga...

De nuevo se encontró en el mismo lugar. Ahora todo le sonaba a natural, a realidad.

El ambiente era húmedo; olía a piedras seculares, a antigüedad. A ella esto le agradaba mucho, porque le resultaba familiar e ignoraba la causa. Ya no sintió nada extraño ni raro. En la tumba de aquella muchacha ponía: «Ángeles Ansúrez, 1140 - 1180».

Pero su escultura había desaparecido, y también los ruidos y gritos misteriosos; y lo cierto es que nadie volvió a escuchar signos extraños ni a ver su estatua nunca más. Esta vez también había vencido un terror que parecía

insuperable, y se consideraba la protagonista de la mejor acción que pudo haber realizado en su vida. Ella, inconscientemente, la había querido tanto, que eso le bastó para que el alma de su antepasada ascendiera a la Luz.

Toda su historia fue un enigma, como quizás la de las demás personas, que no se dan cuenta de ello. Eleonor también se había topado con algo muy extraño en su vida; pero tan necesario como para darle un sentido a esta que no imaginaba.